

vincia que fué de San José de Yucatán; contando además con los buenos informes que hemos recibido de personas que viven aun en avanzada edad, y que fueron inmediatos testigos de la vida de nuestro héroe, así en Mérida como en Izamal.

Por lo demás, todo cuanto digamos es de fe puramente humana, y lo sujetamos entera y absolutamente á la calificación y autoridad de la Santa Iglesia.



DEL V. P. FRAY

MANUEL MARTINEZ.



CAPITULO I.

NACIMIENTO, LINAJE Y PRIMERA EDUCACIÓN É INCLINACIONES
DEL NIÑO D. MANUEL MARTÍNEZ Y CASTELLANOS.

EN el año de 1788 y en la ciudad de Mérida, capital de la entonces colonia española y capitania general de Yucatán, nació el niño Manuel José Victoriano el viernes 5 de Setiembre; siendo sus padres D. Manuel Martínez Pérez y D.^a Tomasa Castellanos Senturion, quienes vieron en él al Benjamín de los hijos que de su matrimonio tuvieron. Porque estos felices esposos habían logrado antes cinco, entre varones y hembras, que fueron D.^a Manuela Martínez, D.^a Josefa, D.^a Dominga, la cual en un mismo alumbramiento vino al mundo con D. Domingo; y luégo D. José del Rosario, que llegó á ser Religioso Dominicó en el Obispado de Chiapas.

Habiéndose temido por la vida del niño Manuel José

Victoriano al tiempo de nacer, acto desde el cual parece que quiso el Señor como sellarle con la cruz de los padecimientos, haciéndole comenzar la vida en estado de enfermedad mortal, hubo de administrarle de prisa y por necesidad urgente el Sacramento del bautismo con sólo agua, el Presbítero D. Ignacio Zavalegui. Túvole para el efecto en brazos por nombramiento y elección de sus padres, su tía D.^a María Josefa Castellanos, quien con esto, á más del parentesco de consanguinidad que con el niño tenía, ya lo tuvo también espiritual. Mas el domingo 14 del propio mes y año, pudo ser llevado, y se le llevó en efecto á la Santa Iglesia Catedral, donde solemnemente se suplieron los exorcismos, oleo, crisma y demás sagradas ritualidades del Sacramento regenerador, teniéndole para esto en brazos D. Juan Estéban Correa, deudo también suyo, y abuelo del actual decano de nuestros profesores de instrucción primaria, el Sr. D. José Mariano Correa, quien, sea dicho de paso, con otro profesor antiguo y ameritado, el Sr. D. Manuel Castillo Meneses, forman dos figuras notablemente dignas de toda nuestra consideración, gratitud y cariño.

Administró las sagradas ritualidades referidas, el teniente de Cura Presbítero Bachiller D. Jacinto Osorio, quien le dió al niño los sobredichos nombres de Manuel José Victoriano, designándole por especial abogado al Señor San José.

Poco después, el Ilmo. Sr. D. Fray Luis de Piña y Mazo, Dignísimo Obispo Diocesano que entonces era, le confirió el Sacramento de la Confirmación, sirviéndole de padrino el mismo Sr. D. Juan E. Correa, que le había servido en las ritualidades del bautismo. Aunque no se encontró más adelante la partida respectiva de Confirmación, practicóse una información testimonial en la Curia, declarándose aquella de calificada y efectiva, siendo el auto resolutivo de 30 de Setiembre de 1803, que encontramos firmado por el Sr. Dr. Herrera, Provisor y Vi-

cario General que por aquel tiempo era del Obispado, y por su Notario D. Joaquín José de Castro.

En cuanto á la cristiandad, la partida correspondiente se encuentra asentada en el archivo del Sagrario de la Catedral, en el Libro 27 de bautismos de españoles y mestizos, á fojas 55 vuelta, según la certificación que tenemos á la vista, librada y firmada en 28 de Setiembre del dicho año de 1803, por el Maestro D. Francisco Javier de Vadillo, Cura Beneficiado y Rector más antiguo de la Catedral.

La señora. D.^a Tomasa Castellanos Senturion, madre de nuestro infante, pertenecía á las más honradas y apreciables familias de la ciudad de Mérida, hasta en sus más remotos ascendientes, habiendo sido una de las virtuosas hijas del matrimonio que contrajo D. Ceferino Castellanos con D.^a Ana Senturion. En aquella época, en la cual, para ser admitido algún aspirante en las carreras de la Iglesia, de la milicia, ó de los empleos civiles y dignidades del Estado, era necesario acreditar la pureza del linaje, bastaba indicar que fueron de los más dignos caballeros y empleados de la colonia quienes contrajeron matrimonio con las señoritas Castellanos, que entre los consanguíneos de ellas hubo también varios empleados de categoría, y que, finalmente, hubo entre los mismos dos distinguidos eclesiásticos que fueron, religioso el uno y clérigo secular el otro, á saber: Fray José Castellanos, de la Orden de San Francisco, y el Presbítero D. Joaquín Castellanos, Cura Beneficiado que fué de la Parroquia de Acanqueh; para dejar comprobada la limpieza y honradez de su linaje.

Aun hoy que se pretende excluir como vana preocupación la de la genealogía, es necesario tomar en cuenta para la verdad y perfección histórica, que no se debe excluir la nobleza de la honradez, sino la pueril manía de los títulos nobiliarios y de los blasones, y esto no en sí, sino únicamente en el sentido de querer los linajudos en-

cubrir ó autorizar con aquéllos, los defectos que han debido excluirse siempre de quienes por su misma hidalguía deben ser el modelo de todas las virtudes.

De todos modos, justo es que se quiera saber quién sea no sólo por sí, sino también por su familia, un personaje que arrebatara la admiración de todos, ora para decir que de la oscuridad más completa se levantó y ornó de la más brillante aureola, que le ennoblece, siquiera antes no fuese noble ni limpio por sus ascendientes; ora para comprobar que sus relevantes cualidades forman y entretejen el nuevo eslabón de oro de una cadena que, desde muy atrás, se viene formando y entretejiendo.

Pues bien; esto último atañe á nuestro héroe, no precisamente por títulos nobiliarios, pero sí por la honradez y la limpieza de su sangre.

En cuanto á la línea paterna, el niño D. Manuel Martínez y Castellanos era hijo de un español, pues su padre D. Manuel Martínez Pérez, vino de la Península Ibérica á esta de Yucatán después de mediados del Siglo XVIII, no habiendo venido como un aventurero cualquiera, sino como decente soldado, sirviendo en la compañía de dragones de la guarnición de Mérida. Algunos años después, habiéndose separado de la carrera militar, se dedicó al comercio en la misma ciudad, y contrajo matrimonio con la joven yucateca, la señora antes mencionada, D.^a Tomasa Castellanos Senturion, cuyos bienes de fortuna, unidos á los del laborioso consorte, formaron un caudal no poco respetable.

El Sr. Martínez Pérez que se estableció definitivamente en Yucatán y la adoptó por patria, como que era la de su esposa y de sus hijos, era originario de la ciudad de Lorca en el reino de Murcia, donde los señores D. Marcos Martínez y D.^a María Antonia Pérez Pelegrín le procrearon y educaron; habiendo sido D. Marcos hijo de D. Juan Martínez, procedente del señorío de Vizcaya, quien casó en Lorca con D.^a María Mellines, bisabuelos por con-

siguiente de nuestro compatriota el niño Manuel Martínez y Castellanos. El padre de éste tuvo un hermano que con satisfacción fué recibido en la misma ciudad de Lorca entre los Religiosos menores descalzos de San Francisco bajo la reforma de San Diego, y se llamaba Fray Pedro de Alcántara Martínez. Pero lo que más hace á nuestro caso es, que el célebre capuchino y venerable Fray Francisco Martínez, era hermano carnal de D. Marcos Martínez, abuelo de nuestro niño; debiendo advertirse que aquel ilustre Religioso fué de tan singulares y eminentes virtudes, que le acreditaron de gran siervo de Dios en toda España, donde era más conocido bajo el nombre de *Fray Francisco de Lorca*, á causa de su ciudad natal. Murió en opinión de Santo, al grado de haberse iniciado el proceso de su canonización, y haber sido beatificado, según los apuntes y documentos que á la vista tenemos; conservándose con veneración su santo cuerpo en la ciudad de Cádiz, en el convento de Padres Capuchinos.

Con tales precedentes de virtuosísima y distinguida familia, vino al mundo en nuestra sociedad el niño yucateco D. Manuel Martínez y Castellanos, cuyos padres, ricos en justa y merecida honra, no menos que en bienes de fortuna, muy poco tuvieron que hacer para educar al digno Benjamín de sus hijos, en quien tenían como su asiento los gérmenes de todas las nobles y laudables inclinaciones.

La lectura, la escritura, la aritmética, la gramática, la doctrina cristiana y la Historia Sagrada, hicieron con perfección notable los ramos de su primera educación; revelando desde entonces una inteligencia superior, que le harían distinguir donde quiera que se presentase.

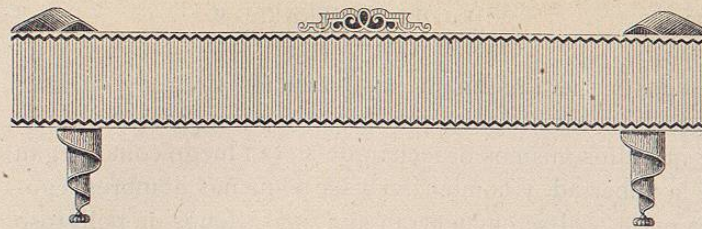
La frecuencia de Sacramentos, la visita de iglesias, la oración, ciertas penitentes privaciones que á ejemplo de su cristianísima familia se imponía desde edad temprana, mantenían en él el santo fuego del amor de Dios y del prójimo, haciéndose notar en su tierno y bello sem-

blante el tipo característico de la inocencia y de la santidad, que llenaba de consuelo á los de mayor edad, y daba provechoso ejemplo á todos, particularmente á los niños de su clase.

En aquel tiempo, moralmente hablando, el convento grande ó capitular de San Francisco, era el corazón de la ciudad de Mérida, y aun de toda la colonia, de modo que esto, junto con las conexiones que la familia del niño tenía con los Padres franciscanos más graves, por razones de parentesco y amistad, y por las inclinaciones del mismo niño, así por el lado de los estudios como por el de la mejor práctica de la virtud, llevaban á éste como por una fuerza irresistible, á querer consagrarse desde muy tierno á Dios, ingresando en aquel convento. Sus padres, sin embargo, no se lo permitieron por entonces, pero ofrecieronle que si después de haber cumplido catorce ó quince años, se sintiere todavía arrastrado por aquel santo deseo, condescenderían con él, y se darían todos los pasos conducentes á satisfacerle.

En su continuo trato con Dios por medio de la oración, principalmente en el acto de asistir al Santo sacrificio de la Misa, había aprendido el joven Manuel á dónde había de acudir para estar preparado, de suerte que al llegar á la peligrosa edad en que las pasiones desarrollan con tan despótica fuerza sobre el hombre, él fuera señor de sí mismo, y no esclavo de viles inclinaciones. Este es el mejor y más seguro modo de no errar la vocación, pues muy á menudo la influencia de las pasiones se sobrepone á las luces de la conciencia, y los jóvenes siguen caminos contrarios á los que por deber y por honor debieran haber seguido.

Nuestro virtuoso joven se entregaba por completo al Señor, confiaba absolutamente en Él, y no era posible que se extraviase y se viese confundido.



CAPITULO II.

DE LA VOCACION RELIGIOSA Y SACRIFICIO QUE DE SI HIZO
AL SEÑOR EL JOVEN D. MANUEL MARTINEZ.

NUESTRO virtuoso niño había llegado á cumplir los catorce años de su edad, ese poético tiempo de la vida en que se verifica la transición de la niñez á la juventud, tiempo que si es en sí de ardoroso entusiasmo y lleno de mil y mil peligros, lo es más en nuestro clima tropical que en el de otros países de diferentes zonas y latitudes; y sin embargo, de tal manera había sabido triunfar de todas aquellas pasiones que podían haberle hecho mudar de resolución, que cada día perseveraba con más firmeza en sus primeros piadosos designios. Ni para él, ni para sus padres, ni para el director de su conciencia, quedaba duda alguna, sobre que la inclinación que desde sus primeros años había sentido y manifestado, de separarse del mundo y sacrificarse por completo al Señor en la vida